

5. SUCESIÓN PRESIDENCIAL (Noviembre de 1942 a mayo de 1943)

Ramírez, ministro de Guerra (16 de noviembre de 1942)

La difícil situación de Tonazzi hará crisis el 16 de noviembre. El embajador Armour había denunciado algunas actividades del espionaje alemán y Castillo dispuso, por el Ministerio de Relaciones Exteriores —prescindiendo del ministro de Guerra—, que se formase un tribunal militar encargado de investigarlas. La presidencia la tendría el ministro de Marina, como si Tonazzi no existiera; evidentemente quería forzarse su salida para que los ascensos y traslados de fin de año se hicieran sin su intervención.

Tonazzi no pudo aguantar más. Redactó una renuncia y se retiró del Ministerio (16 de noviembre). Fue nombrado en su reemplazo el general Pedro P. Ramírez, que encontró el decidido apoyo del grupo de oficiales que habían hecho el planteo de octubre de 1941¹. El teniente coronel Enrique González, ligado a ellos, ocupará la Secretaría General del Ministerio, que prácticamente dará a los «oficiales unidos» el manejo del Ejército.

¹ E. Díaz Araujo *La conspiración del 43. El GOU: una experiencia militar en la Argentina* (Ed. Astrea. La Bastilla, Buenos Aires, 1971, p. 40) dice que el nombramiento de Ramírez «es obra del GOU». La logia no estaba formada en noviembre de 1942, pero ya los «oficiales unidos» obraban como tales. Éste diría, después de su deposición en julio de 1943, que el nombre de Ramírez le fue sugerido por el jefe de Policía, general Domingo Martínez. Castillo ignoró la existencia del GOU —de la entidad «oficiales unidos»— mientras fue presidente, y sólo se enteró después de su caída.

El general Ramírez tenía el alto cargo de comandante general de la Caballería, y su promoción a ministro era lógica. Castillo tenía una deuda de gratitud con él: en 1940, cuando Márquez preparaba el golpe contra Castillo, que acababa de ocupar la presidencia interina por enfermedad de Ortiz, la actitud de Ramírez fue legalista y se negó a secundar a Márquez y Calderón en su intento, contribuyendo en gran parte a su fracaso. No era amigo de Justo y su posición neutralista (que cambiaría años después) era conocida. Cuando se habló de comprar armas en Alemania ante la posibilidad de un conflicto con Estados Unidos o Brasil, el militar de confianza del presidente que viajaría a España y traería las armas alemanas (que hemos visto no se pudo realizar) fue precisamente Ramírez.

El nombramiento del teniente coronel Enrique P. González, miembro del GOU, como secretario general del Ministerio y el reconocimiento del ministro como autoridad a quien el Ejército debe completa obediencia (aun sobre el presidente), muestra que había una conexión entre el general Ramírez y la logia. Me inclino a creer que se debía al capitán Francisco Filippi, yerno del ministro, que sería su secretario privado y hombre de absoluta confianza. Filippi era destacado integrante del GOU.

Se forma el GOU

Los «oficiales unidos», sumados a otros de grados medios e inferiores, y a quienes no estaban a la fecha en Buenos Aires, acabaron por organizar una logia secreta que coordinase su acción. La sigla *GOU* valdría indistintamente para la logia (*Grupo de Oficiales Unidos*) y su comando (*Grupo de Organización y Unificación*, que después de la revolución de junio de 1943 pasó a llamarse *Grupo Obra de Unificación*).

Que la misma sigla designase al grupo y a los encargados de organizarlo y dirigirlo, ha producido confusiones sobre su nombre y fecha de origen. La sigla predominó, y exclusivamente como *GOU* se la conocería en 1943 cuando emergió del secreto. Pero antes de organizarse y unificarse como logia, con sus *escalones*, sus *avisos*, sus *noticias*, su *plan y obra a realizar*, ya existía el «grupo de oficiales unidos».

Desde noviembre de 1942 controlan el Ministerio de Guerra con el general Ramírez (que no será miembro de la futura logia, como Justo no lo fue de la *logia general San Martín*, que lo impuso en 1922). Reitero que el GOU, que desencadenará la revolución del 4 de junio de 1943 y orientó el Gobierno revolucionario, tiene su origen en el «grupo de tenientes coroneles» que en octubre de 1941 hizo el planteo a Castillo, aceptó sus observaciones y, pese al ministro y al cuadro de generales, impuso y mantuvo la neutralidad y daría veinte meses de apoyo militar —inusitado desde 1930— al Gobierno.

Gontrán de Güemes, que relata como antecedente el planteo de 1941, no advierte, no obstante, esta continuidad. Habla de «algunos jefes y oficiales (que) iniciaron conversaciones; una especie de intento de nuclearse (...), simples cambios de ideas, pero pronto fue germinando en la mente bien intencionada de estos militares un proyecto de logia que los uniría más fuertemente en todos los terrenos». Dice que los animadores habrían sido los tenientes coroneles Miguel Ángel Montes y Urbano de la Vega. Descarta a Perón —contra quien muestra animosidad—, quien posteriormente «copó la dirección del movimiento y procedió a reorganizar sus filas»². Para Potash, y por las versiones que ha recogido, «por el contrario, parece bastante evidente que la idea de la logia partió de Perón, haciendo notar que en las primeras reuniones Montes actuaba como representante de Perón»³.

Las versiones pueden conciliarse. Perón, teniente coronel en octubre de 1941, no pudo participar del planteo en Buenos Aires por encontrarse de servicio en Mendoza.

Pero quienes lo hacen son sus compañeros de grado, y es presumible, si no puede tomarse como certeza, que fue consultado para una acción de esa trascendencia. En diciembre es promovido a coronel y trasladado a Buenos Aires, donde toma contacto con sus camaradas. Por sus condiciones de organizador da forma al *grupo de organización y unificación*, que controlaría a los *oficiales unidos*⁴.

En marzo de 1943, el GOU está organizado. Da su primera *Noticia* (circular reservada con informaciones e instrucciones de la logia)⁵, y el 10 de ese mes se reúnen en el Hotel Conte, aparentemente en un almuerzo de camaradería, los oficiales que lo dirigen.

No coinciden sus recuerdos en precisar el nombre de los «quince o veinte» concurrentes.

Conjeturo que serían los diecinueve que forman el *primer escalón* de la logia: dos coroneles, Perón y Emilio Ramírez; once tenientes coroneles, Domingo Mercante, Severo Eyzaguirre, Juan

Carlos Montes, Julio Lagos, Agustín de la Vega, Arturo Saavedra, Bernardo Gillenteguy, Héctor Ladvoat, Bernardo Menéndez, Urbano de la Vega y Enrique González; cuatro mayores: Raúl Pizales, León Bengoa, Mario Villagrán y Fernando González, y dos capitanes: Francisco Filippi y Eduardo Arias Duval.

Allí se habría aprobado la organización definitiva de la logia, el «plan de acción» y la «obra a realizar». Los coroneles Perón y Ramírez quedaron a cargo de la «coordinación», y el teniente coronel Enrique González, subsecretario de Guerra, sería «agente de unión» con el Ministerio.

² El libro de Güemes fue publicado en 1956, en tiempo de la *revolución libertadora*.

³ Potash, o.c., p. 267. Perón —aunque a mi juicio con error de fecha— confirma que «fue entrevistado por ocho o diez oficiales jóvenes que me ofrecían su adhesión. No hemos perdido el tiempo, me dijeron. Hemos organizado en el Ejército una fuerza con la cual podemos tomar el Poder en veinticuatro horas» (entrevista de Eloy Martínez en *Panorama* el 14-1V1970, p. 24).

⁴ Fermín Chávez, *Perón y el peronismo en la historia contemporánea*. Ed. Oriente, Buenos Aires, 1975, pp. 197 y ss. La «primera Noticia» —dice Chávez— no es otra cosa que un alegato contra la masonería y el Rotary Club, es decir, un contenido doctrinario de neto enfoque nacionalista.

⁵ F. Chávez, o.c., pp. 312 y ss.

El «plan de acción»

El propósito del GOU era «unir espiritual y materialmente a los jefes y oficiales del Ejército (...) animados de una sola doctrina y de una sola voluntad (...): defender al Ejército contra sus enemigos externos e internos. Estamos frente a un peligro de guerra con el frente interno en plena descomposición».

Señala a los *enemigos*: «Una presión de fuerza por Estados Unidos a hacerse efectiva por ese país o por sus personeros (...), destrucción del frente interior por agentes de espionaje y propaganda, a la que amenaza seguir con la conquista del Gobierno en las próximas elecciones y luego con la revolución comunista tipo Frente Popular.»

Debíase «unir a todos los oficiales superiores y oficiales combatientes en servicio activo, afectos a la idea de salvar al Ejército cualquiera sea la circunstancia que se presente», sin otra posición política que la conciencia de *salvar el Ejército* (para que «el ejército salvara la patria»). Su «actitud (sería) vigilante», exclusivamente «dentro del mismo (el Ejército) (...), sola doctrina que nos impulse en una sola acción con absoluta unidad».

Analiza las alternativas que podrían presentarse:

- 1) «Triunfo de las tendencias actuales (la Concordancia), y afirmación de la actual orientación en política internacional.»
- 2) «Triunfo de las tendencias actuales, pero cambio de política internacional y, en consecuencia, el estado de guerra.»
- 3) «Triunfo del Frente Popular disfrazado como Unión Democrática que buscará inmediatamente, o en forma mediata, la revolución comunista.»

El propósito del Ejército era «defender nuestra orientación en política internacional» en el caso de las dos primeras alternativas. De ninguna manera permitir que el Frente Popular, más o menos encubierto, se acercase al Poder. Sería la suya una acción exclusivamente militar, «siendo absolutamente prohibido hacer intervenir a personal no militar».

Para conseguirlo era indispensable fortalecer y unificar al Ejército: «Ver en (las exclusivas) manos del ministro de Guerra los destinos del ejército (...). Estamos en absoluto sometidos a sus designios que deben ser los nuestros», prescindiendo, pues, del presidente de la República. Obedecerían a éste solamente a través del ministro de Guerra.

La organización era celular. Un *primer escalón* de oficiales en la cúspide, compuesta de dos coroneles, once tenientes coroneles, cuatro mayores y dos capitanes.

Cada componente del primer escalón enrolaría cuatro oficiales «seguros» que sólo tendrían contacto con él; éstos formarían el *segundo escalón*. Así hasta cinco.

La más rígida disciplina custodia al GOU; los enrolados entregaban su solicitud de retiro sin fecha, que la entidad elevará al constarle faltas al honor o a la discreción.

La obra inmediata a realizar era «informarse de quienes no comparten nuestra manera de pensar y obrar», para tomar contra ellos las medidas necesarias; adoctrinamiento dentro de la entidad por medio de *Noticias*, y «obtener el mando efectivo en unidades de tropa para ser más efectivos nuestros anhelos».

El GOU y el nacionalismo

La amplitud de las Fuerzas Armadas con relación a las necesidades bélicas de nuestro país, iniciada por el peligro de una guerra con Chile, y que alcanzará su cumbre en 1901, se mantuvo después de alejarse esa posibilidad. Su adoctrinamiento fue copiado por Riccheri de naciones con fuerte personalidad, donde los militares tienen conciencia de la misión de las Fuerzas Armadas, y éstas no osarían valerse de su potencia para arrogarse derechos cívicos. Pero entre nosotros tenía necesariamente que madurar en supremacía política. Fuerzas Armadas con tanto espíritu de cuerpo, o cumplen su vocación de lucha en exterior o se imponen en el interior.

Desde 1916, con la formación de la primera logia en el Ejército, empieza la intromisión — si bien defensiva de la profesionalidad militar— en un campo que había sido exclusivamente político. Entre 1922 y 1930, las Fuerzas Armadas se manejan con independencia del Gobierno, y si bien la revolución de 1930 no fue un «golpe» resuelto por las Fuerzas Armadas, sino la aventura de un general retirado que levantó —a la antigua manera— el Colegio Militar y unos escuadrones aislados, el Ejército y la Marina no lo detuvieron y acabaron por aceptar el hecho consumado. El 15 de abril de 1931 se produce la primera intervención política de las Fuerzas Armadas, cuando los ministros de Guerra, general Medina, y de Marina, almirante Renard, exigen en nombre del Ejército y la Marina, el reemplazo del Gabinete de Uriburu y la política que llevase al general Justo a la presidencia. Cumplida esa misión, las dos armas se mantendrán en una «profesionalidad» de contenido político, pues sirve de sustento al régimen antipopulista que se impone al país.

La intervención de las Fuerzas Armadas no ha llegado a la supremacía que tendrá después. Acepta y sostiene a una clase dirigente, que hace tiempo ha perdido su condición de rectora y que se aleja cada vez más del país y de sus intereses. El «despertar del patriotismo», ocurrido en la década del treinta, no conmovió, sino en mínima parte —y por reacción contraria— a la Argentina visible y audible de los diarios de familia, intelectualidad enajenada y altos grados castrenses (acomodados al *establishment* social). Los postulados básicos de esta revolución cultural (comprensión de la realidad de nuestro coloniaje y revisión de la historia didáctica) y, sobre todo, su expresión visible, que era la defensa de nuestra soberanía, llegó a la juventud (fuera de los «reformistas» de cultura alienada), pero fue intuida por la masa popular, que no necesita de libros para saber lo que conviene a la patria.

Esa comprensión de la soberanía también había llegado a la oficialidad media y joven que hizo el planteo de octubre de 1941. No pasaba lo mismo, fuera de excepciones aisladas, con los generales y almirantes.

No todos los que se llamaron nacionalistas en 1930 entendían el significado de la soberanía (lo que revela la facilidad para darse la calificación). Accame, «nacionalista» de la década del treinta, como le ocurría a muchos civiles que reducían su nacionalismo a imitaciones de regímenes extranjeros, era en 1939 uno de los decididos rupturistas del Ejército.

Los oficiales formaron el GOU para defender la soberanía. Algunos habían profundizado la temática nacionalista y comprendían que era indispensable una revolución para sacudir nuestro vasallaje económico y el soporte cultural de ese vasallaje que era la historia falsificada. Pero pocos. Predominaba en la mayoría —y Perón entre ellos— una postura antihistoricista expresada en la frase de que «bastante trabajo nos dan los vivos para que nos metamos con los muertos». No era fácil desarraigar la raíz mitrista de la historia en quienes habían sido educados en el Colegio Militar y después en la Escuela de Guerra, con los textos de historia de Ricardo Levene o Mariano de Vedia y Mitre, y sus lecturas posteriores no los llevaron más allá del análisis de las campañas militares de San Martín. Predominaba en otros la posición iluminista de no creer indispensable la revisión de la historia para «construir» la argentinidad como si la patria pudiera orientarse sin necesidad de comprenderla.

El GOU y el militarismo

La comparación entre la unanimidad, o casi, que la defensa de la soberanía encontraba en los cuadros medios e inferiores de los oficiales, y la anarquía entre los civiles, donde la parte visible y audible (diarios «serios», universidades, academias, clubs sociales, partidos políticos) no comprendía al nacionalismo y lo calificaba despectivamente, dio un fuerte sentido militarista al nacionalismo del GOU. Confirmó la posición (que hemos visto) de que la revolución nacionalista deberían hacerla las Fuerzas Armadas.

La primera de las obligaciones del oficial enrolado en el GOU era *la defensa del Ejército (...)*; un procedimiento enérgico contra todo el que (...) ataque o siquiera roce el prestigio del Ejército o de alguno de sus miembros», forme o no parte del GOU o comparta los ideales del mismo. La *institución* estaba por encima de todo. La segunda era *defender el servicio*, «considerado como dogma de un apóstolado (...) que hemos olvidado un poco; lo sabemos todos (...); volver por estas virtudes marciales es imprescindible y corresponde realizarla y propugnarla a la gente joven». La tercera es la *defensa del mando*, ya «que en todos los Ejércitos existen generales, jefes y oficiales que no están a la altura de su misión (...); cuando cuestiones desagradables propias del mando trascienden en los cuadros resulta nefasto que sean divulgadas entre los civiles. La cuarta es la *defensa de los cuadros* porque «el honor de un militar está ligado al cuerpo (...); para un militar no debe haber nada mejor que otro militar, y la defensa de todos es la obligación de cada uno; y finalmente, el quinto deber, consecuencia de los cuatro primeros, es la *defensa contra la política*: la necesidad de que los ejércitos lleguen a penetrar los designios de los políticos (...); una cosa es hacer política y otra conocerla para prevenir al Ejército contra los profundos males que ésta pueda ocasionar (...); no sólo penetrar los problemas políticos que en el fondo puedan acarrear las graves perturbaciones que conocemos, sino es indispensable preparar al Ejército para evitarlo a tiempo. Ello se consigue cuando todos los militares guiados por un solo ideal, compenetrados de una doctrina única y resueltos a obrar con la mayor unidad de acción, se encuentran resueltos a imponer el orden en el momento en que se prevea su alteración»⁶.

Fuerza para unificar el Ejército, pero con el propósito de que el Ejército tomase la dirección política del país por incapacidad de los civiles, era el GOU en sus orígenes. Cuando los acontecimientos lo llevaron al Poder en junio de 1943, los más comprensivos de sus hombres (y tal vez los más hondamente militares) reaccionaron contra esa posición. Desgarraron el GOU, pero salvaron la revolución y el prestigio del Ejército.

Pero eso es otra historia...

⁶ Ibídem.

Candidatura de Justo. La Unión Democrática

En febrero de 1944 terminaría la presidencia de Castillo. La elección del reemplazante, que ocuparía el cargo el 20 de ese mes, debería hacerse el primer domingo de septiembre de 1943.

Justo había sido candidato desde que dejó la presidencia, cinco años atrás. Pero las cosas se presentaban diferentes ahora: ya no lo sostenía el Ejército como en 1931, ni la «concordancia» (o mejor dicho, los restos de ella). No se podría apoyar en el fraude. Por una de esas variaciones a ciento ochenta grados de la política, era ahora el adalid de la ley Sáenz Peña, el hombre de la democracia, abanderado de la pureza electoral, apoyado regularmente por radicales (que se hablan quedado sin jefe desde la muerte de Alvear), por los comunistas olvidados de la «sección especial» que creara contra ellos, por los demócratas progresistas ya olvidados de De la Torre y la intervención de 1935. Justo se había renovado; era otro hombre, lavado sus pecados en el Jordán purificador de su oposición al neutralismo. Ahora lo apoyaría la prensa y, sobre todo, la Embajada norteamericana⁷.

El 22 de agosto de 1942, Brasil entró en la guerra. Justo recordó que era general honorario brasileño, y ofreció espectacularmente sus servicios. Getulio Vargas lo invitó a los festejos de Ipiranga el 7 de septiembre y mandó el avión presidencial a recogerlo.

La partida de Justo de El Palomar fue una grandiosa manifestación de solidaridad democrática, encontrándose entre los concurrentes los directivos de *Acción Argentina*, embajadores de los países

aliados, el todavía ministro de Guerra, Tonazzi; el jefe de Estado Mayor del Ejército, general Pierrestegui; el comandante de la 1.ª División, general Espíndola, y la mayoría de los dirigentes de los partidos democráticos, inclusive radicales y comunistas.

Los diarios, especialmente *Crítica* (muy unida a Justo), dedicaron páginas con fotografías destacadas a su recepción en Río de Janeiro y discursos donde aseguraban la solidaridad del pueblo argentino a la causa de las democracias.

Su regreso fue igualmente triunfal.

Unas *Vanguardias democráticas pro-Justo* provistas de mucho dinero empapelaron la ciudad con carteles favorables a su candidatura «que uniría a todos los argentinos»; el partido socialista empezó las gestiones para «el acercamiento de las fuerzas políticas que quieren mantener la democracia», con adhesión de *Acción Argentina*, las *Juntas de la Victoria* (asociación de señoras proaliadas), ya que «la postura inequívoca del general Justo en los problemas internacionales contribuía a su transformación en símbolo de la democracia»⁸. La Unión Democrática nacía.

Los radicales, dolidos por la derrota de marzo de 1942 estaban divididos; los alvearistas, dueños de la mayoría del comité y la convención nacional, apoyaban a su antiguo enemigo; fueron los llamados *unionistas* porque querían la «unión» de todos los democráticos contra el nazismo de Castillo y los nacionalistas (no se percibía aún la participación decisiva de las Fuerzas Armadas). Los *intransigentes*, en cambio, querían mantener la tradición nacionalista y neutralista de Yrigoyen; contaban con el gobernador de Córdoba, Amadeo Sabattini, y con núcleos en Buenos Aires y Santa Fe⁹.

El *régimen* (para darle este nombre al partido o concordancia gobernante) no parecía perturbarse por la Unión Democrática. Ninguno de sus hombres era abiertamente neutralista; pero el neutralismo de Castillo les había significado inesperadamente el triunfo en elecciones limpias en Entre Ríos, Tucumán, Salta, Catamarca y Mendoza, y un caudal inesperado de votos en la capital. Y, sobre todo, el derrumbe del radicalismo, menos en Córdoba, donde el prestigio de Sabattini (y, sobre todo, su reivindicación del neutralismo yrigoyeniano) le dio amplia ventaja sobre los demócratas locales (que, como «demócratas», apoyaban con Roca, Aguirre Cámara y Cárcano a Asociación Argentina).

Había, pues, un sentimiento argentino que aplaudía la neutralidad de Castillo y de rebote beneficiaba al régimen si sus hombres tenían la precaución de ocultar su pensamiento y escudarse tras la figura del presidente.

⁷ Esta unanimidad a favor de Justo fue quebrada por una silbatina de los estudiantes al visitar el 12 de agosto la Facultad de Derecho. Otro acto de repudio ocurriría a su regreso de Brasil, al salir del tradicional banquete de la Cámara de Comercio británica en el Plaza Hotel, donde se había proclamado su candidatura presidencial, como era de práctica. Un grupo de estudiantes asaltó su automóvil, llenando al ex presidente de hortalizas. «Ahí te dieron de comer los ingleses; ahora te damos de comer los criollos», le decían —naturalmente según un periódico nacionalista— los agresores.

⁸ Potash, o.c., p. 258.

⁹ En carta a José Benjamín Ábalos de 9 de julio de 1942, Arturo Jauretche *aceptaba* que «el radicalismo más decoroso y digno del país» era el de Córdoba, pero que «estaba obligado a una política cautelosa y limitada (...). Yo no creo que estén agotadas las posibilidades morales del pueblo y del Ejército. La que está agotada es la bandera del radicalismo de tanto arrastrarla por el barro, de tanto confundirla con otros banderines» (cit. por Fermín Chávez, o.c., p. 180).

Muerte de Justo (11 de enero de 1943)

Es cierto que Justo no tenía todos los ases en la mano con su Unión Democrática, pero las perspectivas favorables aumentaban al compás de la derrota de Alemania y el fortalecimiento de Estados Unidos y la Unión Soviética. Castillo había expresado a Armour, en noviembre de 1942, y repetido en diciembre a Meynen, que no creía posible el triunfo del Eje; y eso, en palabras diplomáticas, equivalía a que era llegada la hora de abandonar el neutralismo y dar —

si no Castillo mismo, pero sí su sucesor— la media vuelta indispensable para que el fin de la guerra encontrara al país en mejor postura. La neutralidad ya no era necesaria; los norteamericanos no podían hablar ahora de un peligro *nazi* para imponer sus bases y su control militar. Había cumplido Su etapa y podía abandonársela ¹⁰.

Culaciati empezó la conversión hacia las democracias castigando, «por razones de Estado», a los periódicos nacionalistas que «ofendían a los próceres» del liberalismo y «agraviaban nuestras instituciones».

Protestan los nacionalistas. La «razón de Estado reparte palos de ciego», dice *Nueva Política* del ministro del Interior, «aunque Culaciati no es un conductor, es un conducto» ¹¹.

El 7 de diciembre, aniversario de Pearl Harbor, el Ministerio del Interior permitirá un acto de homenaje a Roosevelt, que el año anterior había prohibido.

¿Sería Justo el candidato a la vez de los radicales y de la concordancia oficialista, unidos «todos los argentinos» con la bendición de la Embajada norteamericana?... Si no hubieran estado interesados los comunistas, tal vez. «*Todos*», menos los radicales intransigentes, los nacionalistas y Forja. La Cámara de Comercio británica proclamó en diciembre su candidatura con el clásico almuerzo en el Plaza Hotel. Vimos las demostraciones desagradables para el general que un grupo de estudiantes, presuntamente nacionalistas, le hizo al salir del hotel.

Poco después—11 de enero de 1943—, Justo morirá repentinamente de una embolia cerebral. Su fallecimiento obligó a la Unión Democrática a buscar el sustituto, pero el problema era difícil. Se mencionó a Saavedra Lamas, prestigiado por el premio Nobel, a quien acababa de hacerse rector de la Universidad, a Honorio Pueyrredón que contaría con el apoyo de las dos fracciones radicales (los *unionistas* por su posición aliadófila, los *intransigentes* por haberse mantenido yrigoyenistas), cuyo nombre era bien visto por los Estados Unidos. Los comunistas lanzaron el nombre del general retirado Ramón Molina, militante radical de antiguo prestigio militar, que tal vez impidiera al Gobierno hacerle fraude.

Ramón Molina, colaborador de Uriburu en la comandancia de la 1.ª División (1919-23) y en la Inspección General (1923-26), había sido Jefe de Estado Mayor en tiempos de Justo (1932-34). Una conferencia en el Círculo Militar en 1936 abogando por la nacionalización de los servicios públicos, la justicia social y libres elecciones lo hizo caer en desgracia con el Gobierno. Era básicamente nacionalista, pero en 1937, *La Nación* interpretaba sus ideas como *comunistas* (entonces mala palabra), tal vez por sus contactos con estudiantes ¹². Fue arrestado durante dos meses en un buque de guerra y retirado del servicio activo en mayo; apoyó públicamente la candidatura de Alvear y se incorporó al radicalismo. No desempeñó el papel que se esperaba. Tal vez hubiese necesitado poner orden en sus buenos propósitos; porque hacer nacionalismo popular junto a Alvear, no era posible.

Los socialistas, entusiasmados por su reciente triunfo en la capital, aceptaban que el primer término de la fórmula fuera Saavedra Lamas o un radical, pero exigían completarla con un hombre de sus filas; los comunistas entendían que el vicepresidente debería ser Luciano Molinas, el antiguo gobernador de Santa Fe.

En esta complicada negociación de candidaturas terció Rodolfo Irazusta con su partido *Libertador* proponiendo a los radicales intransigentes la candidatura del general Benjamín Menéndez, completada con Amadeo Sabatini, que arrastraría indudablemente la opinión neutralista que —equivocadamente a su juicio— había seguido a Castillo.

Los nacionalistas, entusiasmados por el ambiente neutralista de la República (pese a la Argentina visible y audible), estudiaron la posibilidad de afrontar las elecciones. Al fin y al cabo Castillo «era el régimen» y temían no encontrarse sucesor sino en las filas del régimen.

«La actitud internacional argentina, gran excepción americana, es obra exclusiva del doctor Castillo, la obra de dignidad que califica su Gobierno. El doctor Castillo se ha sentido apoyado después

de lo de Río por una adhesión muy fuerte, por la adhesión nacional que no le llegaba por los caminos del régimen, sino que le llegó a pesar de esos caminos y contra el régimen (...), la no ruptura tuvo eco en el cuarto oscuro (...), pero el nítido llamado nacional que mostrara a los argentinos una tarea dura por hacer, no salió del Gobierno. Del Gobierno no ha salido ningún indicio de comprensión, de contemporaneidad»¹³.

En diciembre de 1942 se reunió un *Congreso de Recuperación Nacional* formado por las entidades nacionalistas (menos el grupo de Irazusta) para analizar la concurrencia a elecciones. Se entendió que no era viable. Para concurrir a elecciones debería encontrarse el monopolio del imperialismo que las financiara. Por lo tanto, su obra debería ser, por ahora, de expectativa. Y si llegase el caso, revolucionaria. Otra cosa era una quimera¹⁴.

¹⁰ Hemos visto antes que el mismo día —22 de agosto— de entrar Brasil en guerra, el ministro de Marina, Fincatti, llamó al agregado naval de la Embajada alemana a fin de preguntarle si «Alemania quería y podía vender equipos militares, específicamente submarinos, aviones, armas antiaéreas y municiones de toda clase. Se formularon pedidos iguales al agregado naval italiano» (Potash, o.c., p. 249, fundado en los cables de Meynen a Berlín de 24 y 29 de agosto de 1942). La respuesta fue negativa.

¹¹ *Nueva Política*, n.º 21 (abril 1943).

¹² *La Nación*, 26-11-1937, menc. por Potash, p. 142. En 1940, Molina publicaría un libro, *Defendamos nuestro país contra los peligros de afuera y de adentro que lo acechan*, que lo muestran como un nacionalista popular, enemigo de los monopolios extranjeros británicos y de la posible intromisión nazi.

¹³ *Nueva Política*, n.º 25.

¹⁴ *Ibidem*.

Los candidatos oficialistas

La designación del futuro presidente estaba, pues, exclusivamente en las manos de Castillo, como era tradición en nuestro régimen. Muerto Justo, descartado Saavedra Lamas, rechazado por los radicales intransigentes, la Unión Democrática acabó por eclipsarse.

Por el prestigio adquirido desde la Conferencia de Río y la dificultad de encontrarle -dentro del «régimen»— un sucesor de sus condiciones, no faltaron quienes sostuvieron la reelección de Casllo. Algunos nacionalistas entre ellos. El artículo 77 de la Constitución no permitía al presidente y vice «ser reelegidos» (en sus mismos cargos, se entiende), y Castillo había sido elegido vicepresidente en 1938 y podía presentarse a la presidencia en 1944. Se citaban vicepresidentes que habían sido candidatos a presidentes: Del Carril, en 1860; Alsina, en 1874; Pellegrini, que renunció en 1890 a su candidatura presidencial para 1892; Quirno Costa, vicepresidente de Roca en 1904.

Castillo descartó esta posibilidad. Quedaban entone, tres candidatos del «régimen»: Rodolfo Moreno, gobernador de Buenos Aires; Robustiano Patrón Costas, presidente del Senado y jefe del partido demócrata nacional, y Guillermo Rothe, ministro de Instrucción Pública.

Rodolfo Moreno quería romper la tradición de que ningún gobernador de Buenos Aires (fuera de Mitre después de Pavón) hubiera llegado a la presidencia, llamárase Alsina, Tejedor o Ugarte. Era el primer promotor de su candidatura. Se confeccionó un «plebiscito» en forma de álbum felicitándolo por su obra de Gobierno, tal vez para no ser menos que Castillo con su plebiscito «por la paz». Montó una organización de propaganda, y agentes suyos recorrieron el país obteniendo firmas que llenaba 1.500 páginas con 126.000 rúbricas. Lo encabezaron altos prelados de la Iglesia para quitar al candidato los resabios de un antiguo liberalismo religioso. .

Después de la muerte de Justo, y contemporáneamente con el desastre del frente alemán del Oeste, Moreno quiere presentarse como el hombre de la «democracia» (a pesar del vicio de su elección). Hace elogios a Roosevelt, facilita la actuación a Acción Argentina, y pone trabas a la nacionalista. Anuncia que llegado a la presidencia «hará que el país se sume a la cruzada por la libertad (que le reducía los elogios en la prensa). Ha comprendido que el candidato debe ser aliadófilo y se adelanta a parecerlo, olvidando algunas expresiones favorables a Japón, donde había sido embajador.

El 13 de febrero invita a los convencionales demócratas nacionales a proclamar su candidatura. «Tengo las condiciones constitucionales y una larga foja de servicios» —dice a los periodistas—. «He sido elegido (gobernador) por la Concordancia; he gobernado con la Concordancia, y creo que mi gobernación puede prolongarse en una futura presidencia»¹⁵. Algunos demócratas nacionales ligados a Acción Argentina (Antonio Santamarina, Alberto Barceló) afirmaron que Moreno expresa la política de postguerra que desarrolla la Argentina¹⁶.

Robustiano Patrón Costas, fuerte industrial salteño, era el presidente del partido demócrata nacional. Castillo le debía la vicepresidencia en 1938, porque Patrón Costas consiguió desbaratar al candidato de Justo, Miguel Ángel Cárcano; pero no pudiendo imponer la suya propia (como sostenía el partido demócrata nacional), eligió a Castillo, que también era demócrata nacional y desempeñaba en esos momentos el Ministerio del Interior. Era hombre callado y no se sabía con precisión si simpatizaba con los aliados o con el Eje, si aprobaba o simplemente aceptaba el hecho de la neutralidad de Castillo... No estaba ligado al capital británico; pues su ingenio «El Tacabal» lo levantó con préstamos facilitados por el Banco Nación; ni tampoco con el norteamericano, que explotaba los yacimientos de Salta. Era una incógnita, que él cuidaba con esmero. En octubre de 1942, Meynen lo describe como «íntimo amigo de Castillo, político moderado, partidario de la neutralidad, no muy inteligente»¹⁷. Se equivocaba el representante alemán; no era partidario de nada, sino de sus propias conveniencias, y si su inteligencia no lo ayudaba para sostener una conversación, le había servido para hacerse una gran fortuna. Armour lo tiene en enero de 1943 por «favorable al Eje aunque no explícitamente pronazi»¹⁸ (tengamos en cuenta que para el embajador norteamericano eran favorables al Eje quienes no estaban decididamente con los Estados Unidos). Tiempo después, Armour corregirá su opinión, porque aclara que Patrón Costas era partidario de la neutralidad sólo por amistad con Castillo, porque «en privado había expresado opiniones favorables a los aliados y revelado simpatías por los Estados Unidos»¹⁹.

A Guillermo Rothe se le atribuían simpatías germanófilas por su ascendencia alemana, pero, como Patrón Costas, nunca las había manifestado en público. Por eso, y nada más, se lo tenía por el candidato para continuar la política de neutralidad. Pero bien sabían los representantes norteamericano y alemán, que Castillo no esperaba que su neutralismo pudiera mantenerse después de dejar el Poder. Fíenos visto que en noviembre de 1942 expresó a Armour su convicción de la derrota alemana, y en diciembre dijo lo mismo a Meynen.

¹⁵ *La Nación*, 16-11-1943.

¹⁶ Potash, p. 260.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ *Ibidem*.

¹⁹ *Ibidem*.

Candidatura Patrón Costas (17 de febrero)

El 17 de febrero se destapó la incógnita obligado Castillo, conjeturalmente, por declaraciones que hizo Moreno el 13, y su convocatoria a una convención de representantes demócratas nacionales para que sostuvieran su candidatura.

Castillo llamó a Rothe a su despacho, y «cuando los periodistas creyeron que la designación recaería en su persona», el ministro salió apresuradamente de las oficinas presidenciales. Interrogado por los periodistas les dirá (textual) «que corre al domicilio del doctor Patrón Costas a felicitarlo por su designación como candidato a presidente»²⁰.

El «alarido» del 17 de febrero (la calificación es de *Nueva Política*) cayó pésimamente entre los simpatizantes del presidente, civiles o militares. Sin embargo, estaba en la lógica: Castillo era hombre del régimen, patriota sin duda, pero hombre del régimen al fin y al cabo. Su neutralismo había sido un gesto de buen argentino, pero no significaba nada más que eso: neutralismo, no «política de neutralidad» como habían esperado los nacionalistas. «No pongamos el grito en el cielo —dice Marcelo Sánchez Sorondo en *Nueva Política*— (...); ¿qué se les había prometido a los nacionalistas que andan defraudados? Usted, doctor Castillo, se presentaba con su neutralismo, con su flota mercante y con su puerto y enseguida se nos presenta con su soporífero proyecto de fórmula presidencial (...). Usted ha

perdido, y nos hace perder. Usted se ha alelado y había que remozarse. Usted no ha percibido, en la adhesión que en un momento se le brindó, el camino a la unidad nacional y hacia la nueva política que exige mística y esfuerzo. Usted desaprovechó su hora; ha desaprovechado el poder; ese don santo y trágico que es tener poder (...). Usted se preocupa más de la Concordancia, del régimen, que de la neutralidad, de la soberanía ²¹.

El primer síntoma del desencanto que tomó al país después del 17 de febrero fueron las elecciones de marzo en Entre Ríos. Un año antes, los conservadores, haciendo bandera de la neutralidad y con el nombre de Castillo, habían ganado por 18.000 votos una provincia tradicionalmente radical. Ahora, los radicales ganaron por 5.000 a los castillistas; pero hubo muchos desencantados votos en blanco.

«La opinión pública —explica *Nueva Política*— se había mostrado favorable al doctor Castillo en 1942 a fin de evitar el desastre de la guerra; en 1943 se muestra contraria a Castillo para evitar a Patrón Costas. Logrado lo primero, no quiso lo segundo» ²².

²⁰ M. A. Schillizzi Moreno, *Argentina contemporánea. Fraude y entrega* (ed. Plus Ultra), Buenos Aires, 1973, t. II, p. 387.

²¹ *Nueva Política*, n.º 25, cit. de octubre de 1942.

²² *Ibidem*, n.º 27, abril de 1943.

Problema con Moreno

Por causas distintas a los nacionalistas, la candidatura de Patrón Costas no gustaba al gobernador de Buenos Aires. Se sentía el obligado candidato y Castillo había preferido al industrial salteño.

Moreno no se dio por vencido. Dijo a los periodistas que le preguntaron su opinión sobre la decisión de Castillo a favor de Patrón Costas «que no hay todavía candidato a la presidencia por el partido demócrata nacional, que éste será proclamado, como corresponde, por la convención partidaria que debe reunirse en junio». Lo del 17 de febrero no es más que una opinión «muy respetable» del doctor Castillo; agrega que su candidatura se mantiene, y «tiene la seguridad de triunfar». Y por si las moscas dice también que «la provincia de Buenos Aires tiene 81 electores presidenciales (hemos visto que una ley de 1937 estableció la «lista completa» en las erecciones de electores para asegurar el triunfo de Ortiz. Casi la mitad del colegio electoral; le faltaría conseguir catorce electores provincianos para tener asegurada la mayoría ²³.

Que lo supiera, pues, el candidato del presidente. Si la convención demócrata nacional no elegía a Moreno, los demócratas nacionales de Buenos Aires se cortarían solos con sus 81 electores. Con ellos tenían más que los otros de la Concordancia, y les bastaría adquirir unos pocos radicales del Interior, o socialistas de la capital, para conseguir mayoría. Si bien los radicales de Córdoba no parecían proclives a un entendimiento, y menos bajo el programa de la cooperación americana, no sucedía lo mismo con los socialistas de la capital, que votarían gustosos a un rupturista.

Castillo no lo toma en serio. Supone que anda detrás de un acomodo y lo invita a comer en la residencia presidencial. Según se dijo le ofreció la vicepresidencia para que se dejase de niñerías. Pero no hubo entendimiento porque Moreno reiteró al salir de Olivos que «él sería candidato a la presidencia, no a la vicepresidencia» ²⁴.

En La Plata asume aires marciales. Revista a la policía provincial y al batallón de Guardia cárceles porque va a defender la autonomía de Buenos Aires si Castillo pretende allanarla. Declara —esperando tal vez un apoyo de los radicales— que «las elecciones de septiembre (las presidenciales) serán absolutamente limpias y controladas por el Ejército» ²⁵, lo que quería decir que ganarían los radicales. ¿Amenaza al presidente y a toda la Concordancia o es un acto de despecho? Convoca para la patriada a los demócratas nacionales de la provincia, pero Barceló no está dispuesto a arriesgar sus matones, y los demás son gente tranquila que no quiere conflictos, y

menos compartir el Gobierno con los radicales. Moreno acaba por quedarse solo como Martínez de Hoz en 1935; ni siquiera tiene el recurso de llamar a los nacionalistas, que le son adversos.

Cuando se enteró que a pesar de sus bravatas Castillo había redactado el decreto de intervención prefirió hacerse el harakiri. El 13 de marzo dejó en el despacho su renuncia, acusando a sus correligionarios de haberlo abandonado, y partió para siempre de la Casa de Gobierno. Y de la política.

²³ *La Nación*, 13-11-1943.

²⁴ *Ibídem*, 18-II-1943.

²⁵ *Ibídem*, 2-III-1943.

Fórmula Patrón Costas-Iriondo

El camino para el candidato presidencial pareció allanado. Unionistas e intransigentes radicales estaban más distanciados que nunca; la Unión Democrática ha muerto con Justo; Saavedra Lamas retira su candidatura, prefiriendo quedarse en su cómodo rectorado.

Falta el vicepresidente. Hubiera sido Moreno, si los humos no se le hubieran subido a la cabeza. Lo mejor sería dar una impresión de «concordancia» completando la fórmula con un radical; allí está Manuel Iriondo, que acaba de ser gobernador de Santa Fe; ha sido radical *bernardista* en su juventud, y a título de «radical» llevado en 1937 a la gobernación de su provincia. Será la segunda vez que se lo postula para la vicepresidencia, pues en 1910 fue candidato para completar a Sáenz Peña, pero éste prefirió a Victorino de la Plaza. Es cierto que la tradición quiere que el vicepresidente sea porteño cuando el presidente es provinciano, pero Iriondo, aunque nacido en Santa Fe y gobernador de esa provincia hasta 1941, es hombre del círculo de armas y sus raciones son porteñas («gobernador con cama afuera» se lo llamaba en Santa Fe por sus continuas ausencias). Además ha sido en 1904 diputado nacional por la capital.

Las dos convenciones (la demócrata nacional, que «elegirá» al candidato a presidente, y la radical antipersonalista, que lo hará con el vicepresidente) son citadas para el 4 de junio de 1943.

«He tenido y tengo amistad y gran consideración personal por el ciudadano que se indicaba como seguro sucesor del presidente Castillo (...). Cuando su candidatura apareció expresé inequívocamente que no lo apoyaría durante la campaña por serme imposible disimular mi desaprobación a la política del doctor Castillo. *Me constaba que el candidato a presidente, doctor Robustiano Patrón Costas, nada tenía que ver con esa política, y conociendo sus ideas sabía que variaría esa política si los destinos del país caían en sus manos (...). Me atrevo a pensar que otros, del lado opuesto, vieron las perspectivas de política internacional de la misma manera y que eso puso en movimiento la terrible máquina de los pronunciamientos de cuartel que hasta la fecha (31-X-1945) no ha dejado todavía de funcionar.* La revolución no se hizo contra el «continuismo». Se hizo más bien «porque no se tenía la certeza de que habría continuismo», dice el bien informado Federico Pinedo ²⁶.

²⁶ F. Pinedo, *En tiempos de...*, t. II, p. 193. Pinedo era un decidido belicista. Formaba parte de *Acción Argentina* y escribió un libro de discursos y cartas guerreras (*La Argentina en la vorágine*), «... pero todo fue inútil —dice en sus memorias—. El presidente, apoyado por algunos de sus ministros, con el silencio complaciente de los demás y alguna protesta del ministro del Interior, continuó su marcha alejándose de la buena causa mundial, separándose del continente, y deshaciendo en pocos meses la reputación internacional de la República, trabajosamente formada en un siglo. Una mezcla de ignorancia y de engreimiento, que hizo suponer que con una política hosca e impertinente dábamos prueba de carácter y llegaríamos a situarnos por encima de las grandes potencias mundiales (...). Ningún partido, ninguna clase, ningún círculo verdaderamente representativo del país quería tal cosa, y sin embargo, eso se ha hecho. La prensa enmudeció o se ocupó de paparruchadas; el Congreso, con fuerte mayoría antinazi y aliada, soportó en silencio, ganado por un deplorable espíritu de aquiescencia con el poderoso dueño de los resortes políticos. La «unanimitad de uno» se impuso con todos sus funestos resultados, y la vacilante y contradictoria voz oficial se hizo sentir como la voz argentina, en otros tiempos tan clara» (*En tiempos de...*, II, pp. 192-193).

Crece la oposición a Patrón Costas

Castillo había sido popular. No para los grandes diarios, ni para Acción Argentina, ni para los partidos políticos, ni para Federico Pinedo, pero sí para el hombre común que no está inscripto en partidos, no cree en lo que dicen los diarios y comprende que las guerras son entre nacionalidades y no por ideologías. El «hombre de Corrientes y Esmeralda» que analizó Scalabrini Ortiz.

Como ese hombre común siente la Argentina, se entusiasmó con la defensa de la soberanía y aplaudió la actitud tomada en Río de Janeiro. Comprendió que un gesto de esa índole exigía algunas concesiones, y aceptó la «no beligerancia» hacia Estados Unidos primero y Brasil después (que indignó a los ortodoxos nacionalistas). Votó por los demócratas nacionales porque era sostener a Castillo y porque la campaña se hizo con su retrato como bandera. Pero no era un «demócrata nacional», sino más bien su opuesto. Separaba en su conciencia a Castillo del partido. Comprendía que estaba rodeado de ellos, aunque no era uno de ellos. Antiguo juez y profesor, «lo salvaba —al decir de José Luis Torres— la hermosa condición de su austeridad»²⁷.

Pero Castillo se iría en 1944, y Patrón Costas lo reemplazaría. Era el polo opuesto. No podían achacársele negociados como a otros, pero con Castillo gobernaba Castillo y con su reemplazante —hombre de partido— el «régimen» tendría el Poder.

«Desesperante Gobierno de parsimonias y agachadas —comenta la ortodoxa *Nuera Política*— la opción resuelta por Castillo. Si se cuida el régimen, se descuida al país. Y si se cuida al país, se descuida el régimen. La fórmula Patrón Costas-Iriondo significa que el régimen debe abandonar el neutralismo y firmar, tarde y apuradísimo, compromisos de beligerancia». Y agrega este grito revolucionario: «Para que la derrota del régimen no fuera derrota nacional habría que dedicarle al régimen la puñalada por la espalda»²⁸

La Voz del Plata, que había sustituido el 25 de junio de 1942 al marcial *Nuevo Orden* (¿habrá tenido algo que ver la derrota alemana?), era el órgano de Irazusta para canalizar su partido Libertador en una oposición a Castillo, en cuya neutralidad no creía, y gestar un ingenuo entendimiento con los radicales intransigentes haciéndoles aceptar al general Menéndez. Ernesto Palacio en desacuerdo, se separó del grupo (y volvería a la política, poco más tarde, sosteniendo al peronismo). Irazusta, que había intentado canalizar hacia el partido Libertador los votos nacionalistas de Entre Ríos con mal resultado, pues los «votos en blanco» superaron en mucho (en las elecciones de marzo de 1943) a los mil y pico libertadores, volcaba su encono contra los demás nacionalistas a quienes llamaba «septembrinos» (él lo había sido en primera línea, pero estaba arrepentido). Pronosticaba que, pese a la candidatura de Patrón Costas, «el nacionalismo septembrino volverá al lugar de donde salió: a las filas del partido antinacional por excelencia contribuyendo con su juventud, su entusiasmo, su generosidad y bajo la risible bandera de un *nuevo orden*, que es el más viejo que conocen los argentinos, a remachar las cadenas que decían querer evitarnos»²⁹.

El primero de mayo, la Alianza Nacionalista hace su habitual concentración en la calle Santa Fe y plaza San Martín con el lema «Marcha de la soberanía». Demostración imponente que los nacionalistas dijeron de 100.000, y la policía calculó en 50.000. No se oyó —y llamaría la atención— un solo viva a Castillo. Perdida toda continencia, los oradores extremaron sus ataques contra el PE, contra sus ministros, que llamaron «encarcelables», y sobre todo contra el candidato oficial.

Sánchez Sorondo al «escribir bajo la impresión de la pueblada nacionalista del 1 de mayo» descubre que «los nacionalistas somos muchedumbre, y la muchedumbre es nacionalista... en el nuevo orden —así, señor; en el nuevo orden (alusión a la crítica de Irazusta)—; la conquista del Estado empieza por la conquista de la muchedumbre. Vamos, y vamos bien. El ambiente nacionalista está en todas partes. El nacionalismo sentimiento se confunde definitivamente con el nacionalismo movimiento. Era en sus comienzos doctrinario, y hoy es una doctrina más un hecho. Antes era inteligencia política, pura cabeza, y ahora tiene cuerpo... Había el peligro de quedarse en un brillante e ineficaz nacionalismo apolítico, en un nacionalismo intelectual, apoyado por la juventud, y como la juventud descubridora de temas y perdedora de ocasiones... Maurras había conquistado la mentalidad francesa, pero no la política francesa, no la Francia política. Al talento de Maurras le faltó descubrir la multitud que, luego, desde su balcón, hallaría Mussolini».

Este descubrimiento de la multitud en 1943 lleva a los nacionalistas a «rescatar la política» intentando una fuerza electoral: «mientras el régimen nos clausura las fronteras con una nueva presidencia viejísima y aburrida (...), con un atraso de cuarenta años, nos ofrece esto de Patrón Costas-Iriondo; nos ofrece la vuelta a antes de Yrigoyen. Digámosle al Gobierno que su invitación nos aburre como un te de señoras (...) y estaremos en contra y por una fórmula nuestra si se lograra»³⁰.

Entre los militares, de coronel para abajo —dice Potash—, «la imposición de un hombre identificado en el espíritu público con el oportunismo y el beneficio personal, ni como aprovechador de la industria del azúcar —una actividad protegida—, ni como veterana figura política estrechamente vinculada con los intereses británicos inspiraba confianza en el sentido de que llevaría a la suprema magistratura un sentimiento de idealismo o propósitos elevados. La perspectiva de una presidencia de Patrón Costas suscitaba profunda oposición tanto en los oficiales proaliado como en los nacionalistas»³¹.

El escritor norteamericano supone decisiva «la renuencia a verse complicados en una elección fraudulenta» que oye entre 1962 y 1967 en algunos oficiales liberales. No creo que pueda extenderse a la mayoría de los cuadros, y menos a los jefes de unidades que aceptaron en octubre de 1941 el «contraplanteo» de Castillo, que admitía al fraude como sostén del aparato constitucional, y mucho menos a los oficiales que organizaban el GOU.

Reconoce empero que «la oposición de algunos oficiales nacionalistas no se limitaba a la figura de Patrón Costas, y se extendía a los partidos políticos y a las bases liberales de la vida argentina», aunque exagera al suponer «que dichos oficiales veían en los regímenes totalitarios de Alemania e Italia, y especialmente en la dictadura española del general Franco, modelos útiles para la reorganización de la Argentina», y al saberlos «encarnizadamente opuestos al compromiso argentino en la guerra (*sic*)» los imagina «hostiles al Gobierno popular».

Para contrarrestar esta sorda oposición militar, Castillo imagina invitar a generales y almirantes en actividad para cenar los domingos en la residencia presidencial, empezadas poco antes de anunciarse la candidatura de Patrón Costas. Dice Potash que «sumadas las listas de invitados constituían una nómina completa de los oficiales superiores de los dos servicios»³².

En seis domingos, desde el 2 de febrero al 17 de marzo, el presidente agotó el cuadro de generales y almirantes. Lamentablemente no siguió con los que, en lo respectivo al Ejército, eran los dueños de la situación.

Quizá se sintió a cubierto por el prestigio que le dio y creyó que podía prescindir de los inferiores. El 29 de mayo llevó a Patrón Costas al palco oficial en una ceremonia en los cuarteles de Palermo, manera de presentarlo al Ejército como su sucesor. No cayó bien en personas tan protocolares como los militares, porque aún no había sido electo y para ellos era un simple particular. Dice Potash —por referencia que le dieron los coroneles Vago y Elbio Anaya— que «muchos oficiales que asistían a la ceremonia se convencieron más que nunca de la necesidad de actuar para proteger a la institución militar»³³.

²⁷ J. L. Torres, «Carta a Castillo» de 9-V11-1941, en *La década infame* (ed. «Patria») Buenos Aires, 1945, pp. 60. y ss.

²⁸ *Nueva Política*, n.º 27, abril de 1943.

²⁹ E. Zuleta Álvarez, *El nacionalismo argentino* (ed. La Bastilla), Buenos Aires, 1975, pp. 860 y ss.

³⁰ *Nueva Política*, n.º 28, mayo de 1943. «*La Voz del Plata* saludó auspiciosamente la concentración de la Alianza, que atacó en todos sus discursos al Gobierno de Castillo». Dice Zuleta Álvarez, o.c.: «Para *La Voz del Plata* este viraje en la actitud de la Alianza frente al Gobierno daba pie a la esperanza de un frente nacionalista más numeroso y agresivo en su oposición al Gobierno».

³¹ Potash, p. 305.

³² *Ibidem*, p. 262.

³³ *Ibidem*, p. 264.